



CAPÍTULO XIV

INGLATERRA Y LA REFORMA

DE ENRIQUE VIII Á MARÍA TUDOR

(1509-1558)

I.—Enrique VIII. El cisma

LOS REFORMADORES DE OXFORD.—Ya se ha visto cómo Enrique VII fundó la monarquía absoluta de los Tudor. También en su reinado se formó en Oxford la alianza de los humanistas Juan Colet, Erasmo y Tomás Moro, por quienes fué lanzada Inglaterra desde el advenimiento de Enrique VIII por las vías del Renacimiento y de la Reforma.

Juan Colet era hijo de un lord-mayor de Londres, rico y religioso. Después de haber recibido las órdenes sagradas había ido á vivir á Italia; vivió en Roma donde vió los escándalos de Alejandro VI, y en Florencia donde reinaba entonces el célebre Savonarola, que entrevió y deseó, más allá del renacimiento de las letras, un renacimiento del cristianismo. El paganismo literario de la corte de los Médicis no podía hacer mella alguna en Juan Colet, cuyo espíritu verdaderamente inglés y moral, no vió en el estudio de la lengua y civilización griegas más que un medio de interpretar los Evangelios

con más inteligencia y claridad. Colet llevó de Florencia á Oxford la idea de un renacimiento religioso, la idea de Savonarola, como los estudiantes checos del siglo XIV habían transportado de Oxford á Praga las herejías de Wycliffe. En Oxford fué el primero en explicar el texto original de las Epístolas de San Pablo sin hacer caso de los comentarios escolásticos, «como habría explicado las cartas de un hombre vivo á sus amigos». ¿Para qué consultar á las autoridades? ¿No es mejor beber directamente en la fuente? «Ateneos—decía—á la Biblia y á los Apóstoles, y dejad á los teólogos disputar entre sí.» Jamás habían conocido las universidades inglesas enseñanza tan sabia, tan viva ni tan apasionada. Colet tenía una erudición clara, sencillez y elocuencia. Tuvo discípulos y amigos, tanto en Oxford como en Londres, adonde se retiró al nombrarle deán de la iglesia de San Pablo.

El más famoso de sus discípulos es Erasmo, estudiante de la Universidad de París, enamorado del griego, y que hartó pobre

para emprender la peregrinación á Italia, fué llevado por la casualidad á Inglaterra. Llegó lleno de entusiasmo por el renacimiento literario, pero sin miras exactas respecto á la necesidad de una reforma religiosa. Colet le inoculó en cierto modo su ciencia y fervor. «Cuando escucho á mi amigo Colet—escribía Erasmo después de entrar en el pequeño cenáculo de Oxford—, me parece que oigo al mismo Platón. ¡Cuán vastos son los conocimientos de Grocyn! ¡Cuán profundos y refinados los juicios de Linacre! ¡Qué Naturaleza tan feliz y tan seductora la de Tomás Moro!» Admirable era la unión en Dios y en la antigüedad de aquella falange de reformadores agrupados alrededor de Colet, protegida por Warham, arzobispo de Cantorbery, y por varios obispos, cuando llegó á rey Enrique VIII.

CARÁCTER DE ENRIQUE VIII.—Pocos reyes ha habido que hicieran concebir tantas esperanzas á su advenimiento. En 1509, todos los soberanos de Europa, Maximiliano de Alemania, Luis XII de Francia, Fernando de España, eran viejos ó estaban arruinados por la guerra. Á Enrique VIII le habían enriquecido las feroces economías de su padre, y además era joven, guapo y popular. El pueblo lo quería por su afición á los ejercicios atléticos y por su magnificencia; era un excelente jinete y un arquero de primera fuerza. «Da gusto—decía el embajador veneciano Giustiniani—verle jugar al *tennis*.» Su corte, desde los primeros días, fué una fiesta continua, con bailes, mascaradas y torneos; las cuentas de la casa real acusan enormes gastos en terciopelo, pedrerías, caballos y maquinaria teatral. Los sabios y los reformadores le querían porque su espíritu parecía libre y cultivador: hablaba latín, francés, español é italiano. Nicolás Sagudino, secretario de Giustiniani, dice que tocaba «divinamente» el laúd y la espineta; le gustaba leer buenos libros más que á cualquiera otro príncipe de su edad; se aplicaba á estudiar los negocios de Estado, y era amigo personal de varios miembros del cenáculo de Oxford. Para recompensar el arranque de júbilo con que los sabios saludaron su advenimiento, nombró á Colet predicador de la corte, á Tomás Moro, sheriff de Londres, á

Erasmo le hizo venir de Italia para ocupar una cátedra en Cambridge; todos sus amigos, como Pace, Grocyn, Linacre y Tunstal, fueron nombrados para cargos honoríficos.

ERASMO Y LA REFORMA RELIGIOSA.—Durante su viaje de Italia á Inglaterra, Erasmo había determinado las líneas generales del folleto célebre que escribió en 1511 en casa de Tomás Moro sobre las locuras del siglo. Es el *Elogio de la locura*, «*Moriae Encomium*», primer toque de clarín del Renacimiento en las comarcas del Norte: la Locura, tocada con el gorro de cascabeles, se mofa de los teólogos escolásticos, de los frailes, de los papas, del dogmatismo, de la ignorancia, de la superstición y de la pedantería. En Cambridge consagró todas sus fuerzas á la gran obra de su vida, á la edición revisada del *Nuevo Testamento*, que fué impresa en Basilea en 1516, con una nueva traducción latina frente al texto griego, corregido según las reglas de la filología; empresa que se proponía nada menos que destruir en nombre de la ciencia la autoridad canónica de la Vulgata, aplicar á los textos sagrados los mismos procedimientos de crítica que á los textos de la antigüedad profana, poniendo así á la vista de los hombres la *pintura viviente de Cristo* y la *verdadera palabra de los Apóstoles*. Colet había suspirado por esa resurrección de los Libros Santos, ocultos hasta entonces bajo una vegetación parásita de contrasentidos y de comentaristas. La mayor parte de la Iglesia de Inglaterra, animada del liberalismo ilustrado de Warham y Fisher, aplaudió la edición revolucionaria del profesor de Cambridge (1). No es esto decir que Colet, Erasmo, Warham y Fisher estuvieran dispuestos á abrazar las doctrinas nuevas sobre la fe y la disciplina que Lutero iba á propagar en Alemania. Todos eran católicos; Fisher y Moro habían de morir antes que separarse de la Iglesia romana. Hay que saber que los

(1) «Aunque hubiéramos visto á Cristo con nuestros propios ojos—dice Erasmo en su prólogo—no conoceríamos su carácter más íntimamente que leyendo los Evangelios... Si nos enseñaran en cualquier parte la huella de sus pies, la adoraríamos de rodillas. ¿Por qué no venerar también su imagen en estos libros donde vive y respira? Cubrimos de oro y pedrerías por amor suyo estatuas que no son más que la representación material de su cuerpo, mientras en estos libros es su espíritu divino el que revive para nosotros.»

reformadores de Oxford, en materia religiosa, no deseaban ningún cisma; no querían más que libertar el espíritu humano de las cadenas de la escolástica y purificar la Iglesia. La religión era para ellos el amor á Dios y al prójimo; su sueño era la unión de la humanidad en una vasta comunidad fraternal y tolerante.

COLET Y LA REFORMA DE LA EDUCACIÓN.— Si las obras de Erasmo caracterizan las tendencias religiosas de los reformadores de Oxford, la obra de Colet caracteriza sus tendencias pedagógicas, y la *Utopía* de Tomás Moro su ideal político. Juan Colet consagró su fortuna á fundar una escuela pública cerca de la catedral de San Pablo, y mandó grabar en la puerta:

*Schola catechizationis puerorum in Christi
Opt. Max. fide et bonis litteris.*

Desterró toda escolástica de aquella escuela. Abolió la ruda disciplina de los azotes, que substituyó con la dulzura razonada y el atractivo de las bellas letras. Ayudado por Erasmo, Lilly y Linacre, redactó los libros para las clases. «No es sorprendente—le escribía Tomás Moro—que vuestra escuela tenga enemigos; es como el caballo de madera donde se escondieron los griegos para combatir á los bárbaros de Troya.» Las intrigas armadas contra la escuela no dieron resultado; se multiplicaron las *public schools* adaptadas al modelo de la de San Pablo. Las *grammar schools* de Eduardo VI y de Isabel, que transformaron durante el siglo XVI las clases superior y media de la sociedad inglesa, nacieron de la fundación de Colet.

TOMÁS MORO Y LA «UTOPIA».—El entusiasmo de los reformadores de Oxford por Enrique VIII se había enfriado mucho en 1512-1513 cuando el joven rey, ambicioso de gloria militar, se había metido en el avispero de las guerras continentales, alentado en aquel camino, tan contrario á los deseos de los humanistas, por la Jornada de las Espuelas y la victoria de Flodden. Colet se había atrevido á predicar delante del rey contra la guerra. «El pueblo es el que construye las ciudades—había dicho Erasmo—y la locura de los príncipes la que las destruye.» Tomás Moro no había ocultado su

hostilidad contra toda tentativa de conquista en Francia. Pero Enrique VIII había tenido el buen gusto de no guardarles rencor por aquella franqueza. Cuando se firmó la paz con Francia, Tomás Moro fué llamado á la corte y entró al servicio del rey. En el momento de aceptar un puesto oficial en el gobierno de la monarquía, fué cuando aquel grande hombre publicó su tratado de política *Descripción de la república de Utopía*, cuya primera edición, agotada inmediatamente, se publicó en Lovaina el año 1516.

Tomás Moro había sido siempre el hombre de Estado de la pequeña comunidad de los humanistas de Oxford. Ardiente é inflexible, había empezado á los veintiséis años por oponerse en plena Cámara de los Comunes á la omnipotente voluntad de Enrique VII. Era un abogado famoso, un literato, un filósofo austero y tierno. Fué el que creó la palabra *utopía*, que se ha convertido en sinónimo de *quimera*. El reino de Utopía, que describe Tomás Moro según el relato de un viajero imaginario, es el reino de *Ningunaparte*, y las virtudes de los habitantes de este reino se oponen, como es natural, á los vicios de las sociedades reales. Los hombres de Utopía elegían un rey vitalicio, y podían destituirlo si trataba de esclavizar al pueblo; elegían el Consejo Real ó Parlamento, sin permitirle gobernar más país que el suyo, porque creían que tenía bastante que hacer con su isla. Detestaban la guerra. El objeto del gobierno no era, á su parecer, el enriquecimiento de un corto número de privilegiados y el placer del rey, sino la dicha del pueblo. El autor de la *Utopía* no es menos temerario al tocar los problemas del trabajo, del derecho criminal, de la educación y de la salud públicas. En estos puntos, Tomás Moro avanzó más que los modernos constructores de repúblicas ideales (1). El orden social de su tiempo le parecía una «conspiración permanente de los ricos contra los pobres». Hablaba de los obreros, sin quienes

(1) En Utopía, la jornada de trabajo de los obreros era de nueve horas, «porque una de las condiciones de la felicidad pública es que cada cual tenga horas de descanso para reflexionar y cultivar su espíritu». «Si toleráis que la gente del pueblo esté mal enseñada y corrompida desde la infancia y los castigáis cuando han llegado á hombres por crímenes cuyo germen puede decirse que mamaron con la leche, diremos que la sociedad fabrica criminales por gusto de castigarlos.»

la sociedad no podría pasarse ni un día, y que «llevan peor vida que las bestias». Moro decía todo esto en tono tranquilo, serio, sin énfasis, mas á propósito para conmover. La *Utopía*, á pesar de la fantasía de sus teorías idealistas, es un libro muy inglés.

Los reformadores de Oxford, en sus libros y con sus actos, se mostraban apasionados por las nobles causas de la justicia, de la libertad, de la difusión de las luces y de la tolerancia. Pero las esperanzas excitadas por sus primeros éxitos en el mundo habían de verse cruelmente frustradas. Aspiraban á la libertad política, y no hubo potentados más absolutos que Enrique VIII y sus ministros; aspiraban á la tolerancia religiosa, á la fraternidad de los pueblos cristianos, y asistieron á las sangrientas contiendas entre el papado y la Reforma.

WOLSEY Y LA IGLESIA.—La omnipotencia que Enrique VII había legado á su hijo fué ejercida durante varios años por uno de esos clérigos de tendencias y aptitudes seculares, nacidos para las combinaciones políticas y diplomáticas, que abundan tanto en la historia de Inglaterra, desde Roger de Salisbury, ministro famoso de Enrique I. Tomás Wolsey, hijo de un rico burgués de Norwich, no era en 1509 más que deán de Lincoln, pero el rey depositó en él toda su confianza; en 1515 Wolsey era arzobispo de York y canciller de Inglaterra. «Gobierna el reino y al rey—dice un embajador—. Cuando llegó á este país, todavía decía: «Su Majestad hará tal cosa.» Luego se acostumbró á decir: «Haremos esto.» Y ahora ya dice: «Yo lo haré.» La actitud de Wolsey en los asuntos religiosos estuvo siempre subordinada á las necesidades de la política: Nada más instructivo respecto á esto que sus relaciones con la



Tomás Moro

corte de Roma. Habiéndose propuesto ejercer en Inglaterra en nombre del papa una autoridad sin límites sobre el clero, como ejercía ya en nombre de la corona una autoridad absoluta sobre los seglares, alcanzó de León X, en 1516, el título de cardenal-legado en el país donde era ya primer ministro, y derecho á visitar y reformar los conventos en última instancia. Así tenía en la mano las dos espadas, la temporal y la espiritual, y acostumbró á Inglaterra á aquella doble supremacía de un solo hombre sobre los cuerpos y las conciencias que había de asumir más adelante Enrique VIII. Así como no había deseado la dignidad de legado más que para aumentar su fuerza, no la usó más que para satisfacer sus fastuosos caprichos. En 1523 resolvió fundar un colegio en la Universidad de Oxford (*Cardinal College*, hoy *Christ Church*), no por amor á las letras, sino por ostentación; exigió también de la Santa Sede licencia para disolver cierto número de monasterios y aplicar sus bienes á la nueva fundación, y entre los empleados que utilizó para suprimir aquellos monasterios se encuentra el nombre de aquel Tomás Cromwell, que después de la caída de Wolsey y de consumarse el cisma, acató con una energía implacable el despojo de las órdenes monásticas en Inglaterra. «Nuestro rey—decía el contemporáneo lord Herberto de Cherbury—tomó del cardenal de York sus argumentos para la disolución de monasterios, su pasión por gobernar á un tiempo el Estado y la Iglesia.» Quizá hasta la idea del cisma fuera sugerida por el cardenal á Enrique VIII. Wolsey, en efecto obró respecto á los papas con mucha altanería y descaro; al morir León X presentó su candidatura para la Santa Sede, y no

invocó ante el Sacro Colegio más argumento que una promesa de repartirles 100.000 ducados. Cuando pareció evidente en 1529 que iba á morir Clemente VII, Wolsey y su monarca anunciaron la intención de suscitar un antipapa si los cardenales se negaban entonces también á elegir al legado de Inglaterra. «Su muerte—escribía el emperador hablando de Clemente y pensando en los ingleses—podría producir un cisma en la cristiandad.» Wolsey, prelado mundano, teólogo poco instruido, no tenía ningún motivo para acoger las doctrinas heterodoxas que se habían esparcido por Alemania. Como candidato al papado no había de unirse con quienes declamaban contra el papismo. Además tenía que las doctrinas luteranas fuesen peligrosas para la autoridad de los príncipes. Finalmente, la razón de Estado le mandaba, como á Enrique VIII, permanecer estrictamente fiel al Catolicismo romano. Efectivamente, Enrique VII había tratado de asegurar para su dinastía la alianza del poderoso Fernando de España casando á su heredero Arturo, príncipe de Gales, con Catalina de Aragón, hija de Fernando. Muerto Arturo, tal vez sin consumir el matrimonio, su hermano Enrique fué destinado por el rey á casarse con la princesa de Aragón, y en efecto, Enrique se casó con Catalina. Pero un texto del Levítico parece prohibir las uniones entre cuñado y cuñada, y hubo que alcanzar una bula del papa que anuló, para aquel caso, la prohibición del Libro Santo. Cuando Lutero atacó la validez de las decisiones del Pontífice romano en nombre de los textos bíblicos, tuvo Enrique VIII grandísimo interés en combatir al reformador. Aunque ya no quería á Catalina, que tenía cinco años más que él, todavía no pensaba en separarse de ella, pues la alianza con España seguía siendo el eje de su política, y quería garantizar á la princesa María, único fruto superviviente de su matrimonio con Catalina, la calidad indiscutible de heredera legítima de sus Estados. De ahí la tenacidad de Enrique VIII y de Wolsey en considerar y sostener á la Santa Sede. En tiempo de la Dieta de Worms, se adhirió á la liga del papa y del emperador, no sólo contra Francia, sino contra Lutero, y prometió á Carlos V la mano de su hija María.

Mientras la política y la indiferencia mantenían á Wolsey en la ortodoxia, Enrique, que además de motivos dinásticos para no gustar de las novedades luteranas tenía aficiones teológicas, llegó hasta á suscitar polémicas con los promovedores de la Reforma. En Agosto de 1522, envió al papa un folleto compuesto por él—*aureus libellus* lo llamó cortésmente el cardenal Campeggio—, que le valió de Roma el título de *Defensor de la fe*, y de Lutero un diluvio de insultos. Entonces reaparecieron en escena, auxiliando al rey, los supervivientes del cenáculo de Oxford, pues Juan Colet había muerto en 1519. Tomás Moro replicó á la respuesta de Lutero bajo el seudónimo de *Guilielmus Rosseus* con una diatriba (Londres de 1523) llena de invectivas tan groseras como las del reformador alemán. Erasmo y Moro se colocaron resueltamente, desde 1523, en el campo de la ortodoxia, no sin aconsejar con frecuencia la moderación á ambos partidos. La inspiración inmensa de Lutero era excesiva para su temperamento literario; la guerra de los anabaptistas de Alemania les asustaba; la ruptura de la unidad católica estaba en contradicción con los sueños de su juventud; finalmente, aquellos liberales no encontraban ningún liberalismo en las doctrinas tan exactamente dogmáticas del teólogo de Wittenberg. De modo que los humanistas y los políticos, Tomás Moro como Wolsey, estuvieron de acuerdo con Enrique VIII hasta 1527 en lo tocante á la fe, aunque Wolsey multiplicara sin darse cuenta de ello, en cuanto concierne á la disciplina de la Iglesia inglesa, precedentes perjudiciales al sostenimiento de la soberanía romana en Inglaterra.

EL ASUNTO DEL DIVORCIO.—Todo cambió en 1527: Carlos V quitó á Enrique VIII el deseo de aliarse con él tomando por esposa á la infanta de Portugal en vez de la princesa María, y soltando á Francisco I, después de Pavía, cuando ya se veía Enrique rey de Francia y de Inglaterra. Se hundieron los planes de la dinastía de Tudor; Enrique había reñido con el emperador, que le había hecho traición, y con el papa, que era un instrumento del emperador, y por lo tanto buscaba nueva orientación. Para encontrar-

la consultó con sus aficiones, y como nada podía esperar ni temer ya de los padres de Catalina, y deseoso de herederos varones—lo cual no permitía el mal estado de salud de la reina—, decidió divorciarse. El proyecto de divorcio con Catalina de Aragón resultó, pues, una consecuencia directa del divorcio diplomático entre la corte de Enrique VIII y la imperial.

Cruel era invocar de pronto contra la reina á los 20 años de unión el argumento sacado del Levítico, pero Enrique VIII era un hombre duro (1). Además, si la iniquidad del procedimiento provocó la reprobación intrépida del obispo Fisher, de Rochester y de la conciencia de gran parte de la nación, en cambio la aplaudió toda la camarilla del rey. Wolsey, partidario en secreto de la alianza francesa, vió en el divorcio un medio de ofender cruelmente á España, y pensó en sustituir á la reina caída en desgracia con una princesa francesa. Pero los familiares del rey sir William Compton, sir Francisco Bryan, sir Gilberto Pickering, sir Enrique Norris y sir Tomás Bolena, hombres disolutos y sin escrúpulos, lo excitaban á la vez contra la reina y contra Wolsey. Ana, hija de sir Tomás Bolena, delicada beldad irlandesa,

With black blue Irish hair and Irish eyes... (2)

había sido presentada en la corte en 1522, á los diez y seis años de edad. Los favoritos, casi todos parientes suyos, tuvieron la idea de servirse de ella para sujetar sólidamente al rey y para derribar la influencia de la clerigalla palatina, cuyo jefe era Wolsey, y que monopolizaba los grandes cargos del Estado. El rey, efectivamente, cayó en el lazo. Prendado de las coqueterías de Ana Bolena, anunció bruscamente á Wolsey consuetudinario su voluntad de casarse con ella. Consérvanse sus cartas amorosas, y en 1527 escribía á su amada: *I shall make you my*

(1) Los humanistas no habían tardado en enterarse de ello: «Como el rey se paseaba á menudo con sir Tomás Moro por los jardines de Chelsea—dice Roper—echándole el brazo por el cuello, me alegraba yo mucho, pues no había visto á Su Gracia hacer tal cosa más que con el cardenal de York; pero sir Tomás me dijo sonriéndose: «Serás, hijo Roper, que por grande que sea el favor con que el rey me honre, si mi cabeza le sirviera para ganar una fortaleza, me mandaría decapitar en el acto.»

(2) De cabellera irlandesa azul oscura, y ojos irlandeses.—(N. del T.)

sole mistress, remove all others from my affection, and serve you only (1).

Dos procedimientos se ofrecían para la repudiación: ó el rey mandaría dictar por un tribunal inglés la nulidad de su casamiento con bastante celeridad y misterio para que la reina no pudiera defenderse y se la declarara en rebeldía, ó el rey pediría al papa, no que declarase nula su unión con Catalina, sino que derogase la bula de su antecesor que otorgó antes la dispensa con menosprecio de los textos bíblicos. Enrique VIII habría preferido el primer sistema; Wolsey le convenció de que debía acudir al segundo, y de que trabajara para obtener la anulación solemne de la bula que el rey de Inglaterra, hijo queridísimo de la Iglesia romana, había pedido á Roma en otro tiempo. Se entablaron, pues, negociaciones con la curia, y la diplomacia de Wolsey se estrelló contra los recursos superiores de la italiana. El papa, que no podía ceder al capricho de Enrique VIII, por estar bajo la presión del emperador, sobrino de la desdichada á quien se trataba de sacrificar, y porque, en cierto modo, habría renunciado á su magistratura moral consagrando una violación tan flagrante del derecho, empleó durante dos años, contra el favor del rey, el arsenal de las enervadoras medidas dilatorias. La desgracia de Wolsey y la separación de Inglaterra del cuerpo del catolicismo romano habían de ser resultados de aquel conflicto.

CAÍDA DE WOLSEY.—El cardenal de York se había ganado muchos enemigos en los tiempos de su prosperidad. Aunque no hubiera perseguido nunca al pensamiento libre y hasta hubiese poblado sus colegios de Oxford é Ipswich de personas de tendencias liberales, se había enajenado, por su papismo y por el esplendor de sus trenes, el partido de la Reforma. Los escritores puritanos no le perdonaron las magnificencias de sus residencias de Hampton-Court y de York-House (Whitehall) ni sus relaciones amistosas con su colega el legado Campeggio. Las supresiones de monasterios que se había permitido, le quitaron, por otra parte, las simpatías de los frailes y de los

(1) Serás mi único dueño; dejaré de amar á las demás y te serviré á tí sola.—(N. del T.)

devotos de la antigua Iglesia. El favor de su amo le había sostenido por mucho tiempo por encima de los partidos; cuando le faltó ese favor, se derrumbó. Todo lo tenía que temer, porque ejerciendo en Inglaterra, á pesar de ser inglés, las funciones y jurisdicción de legado pontificio, había violado seguramente los antiguos actos de *Præmunire*. Indudablemente el rey había autorizado durante muchos años tan flagrante ilegalidad, pero ésta existía de todos modos y podía implicar, de quererlo el monarca, las penas aplicables al crimen de alta traición. «La intención de los lores del partido de miss Bolena—escribía el francés Du Bellay—es, cuando muera ó caiga Wolsey, deshacerse de la Iglesia y quedarse con los bienes de ésta y de aquél, y no lo ocultan...» Efectivamente, los bienes del cardenal fueron confiscados por provisión, y murió muy á tiempo, el 29 de Noviembre de 1530, cuando indudablemente iban á encerrarle en la Torre. «¡Ay, maese Knyghton—dijo en su lecho de muerte al gobernador de la Torre—, si hubiese servido á Dios con tanto celo como al rey, no me habría abandonado en mi vejez! Esta es la justa recompensa de mis trabajos, pues no he procurado más que satisfacer al príncipe, y no á Dios.»

NORFOLK Y MORO.—Norfolk, pariente de Ana Bolena, sucedió á Wolsey, y sir Tomás Moro, jefe de los humanistas liberales, fué nombrado canciller. ¿Iban por fin á lograrse los propósitos del cenáculo de Oxford? Así se esperó cuando sir Tomás, rompiendo con la tradición de Wolsey, convocó el Parlamento, y éste adoptó resoluciones conformes con los deseos del canciller: reforma prudente y respetuosa de la Iglesia, hostilidad contra la herejía. Sin embargo, Norfolk, engañando la confianza de los protestantes, siguió el procedimiento de Wolsey en las negociaciones para el divorcio; se empeñó en asustar al papa para obligarle á complacer al rey en aquel asunto; trató de ejercer presión en su espíritu dirigiéndole las quejas solemnes del Parlamento respecto á la lentitud del pleito, y las consultas favorables alcanzadas con gran trabajo de algunas universidades; pero no creía posible prescindir de la Santa Sede, y el Papado, aleccionado por Carlos V, siguió

desentendiéndose de todo esto. Moro y Norfolk fueron sustituidos, cuando el rey desesperó ya de llegar á una solución regular, por el hombre que al día siguiente de la caída de Wolsey había sugerido á Enrique VIII, en audiencia particular, un plan nuevo y osado.

TOMÁS CROMWELL; SUS PRIMERAS MEDIDAS; SUS DESIGNIOS.—Tomás Cromwell, nacido por los años de 1481, hijo de un tal Gualterio Cromwell, industrial de Putney, cerca de Londres, había tenido una juventud aventurera. Había sido soldado y dependiente de comercio en Italia y en los Países Bajos. De 1513 á 1523 ejerció á un tiempo en Inglaterra la industria de la pañería, el comercio de dinero y las funciones de *scrivener*. Tomás Wolsey le había nombrado en 1514 recaudador de sus rentas. Hombre de confianza del cardenal, quedó á flote después de hundirse su patrono. Fué presentado á Enrique VIII por sir John Russell ó por el duque de Norfolk. Dicen que en su primera entrevista con el rey le demostró lo vano de las sentencias papales. ¿Por qué no había de seguir el rey el ejemplo de los príncipes de Alemania, que habían soltado el yugo? ¿Por qué no se había de declarar, con ayuda del Parlamento, jefe de la Iglesia nacional? Á la sazón, Inglaterra, con dos amos, era un monstruo con dos cabezas. Si el rey recobrara la autoridad usurpada por el Pontífice, cesaría la anomalía, y el clero, que debería en adelante al rey su vida y sus bienes, no se compondría más que de ministros obedientes á su voluntad. Tales consejos, expuestos con la mezcla de diferencia y aspereza (*stoutness*) que siempre le gustó al rey en Cromwell, lisonjaban las tres pasiones sinceras de Enrique VIII: su amor á Ana Bolena, su amor al dinero, su amor á la omnipotencia. Cromwell fué admitido en seguida á la intimidad regia. Durante diez años terribles había de gobernar los destinos de Inglaterra y de la Iglesia inglesa.

Las primeras medidas adoptadas por Enrique VIII, á instigación de Cromwell, se destinaron á preparar la ruptura con Roma por la sumisión total de la Iglesia de Inglaterra á su rey. Si Wolsey había violado los estatutos de *Præmunire* teniendo en Inglaterra su corte como legado del papa, el clero

inglés había perpetrado el mismo crimen aceptando como legítima la autoridad ilegal del legado. Todos los bienes de la Iglesia inglesa estaban, pues, dentro de las confiscaciones dictadas por los estatutos como castigo de la violación de las actas de *Præmunire*. El clero ofreció pagar una multa enorme por la falta cometida, unos 2.000.000 de libras esterlinas, pero no pareció bastante. Se advirtió al clero que la cantidad propuesta sólo se aceptaría como precio de la violación de las actas de *Præmunire* en el caso de que se adoptara en adelante para hablar del rey el título de «protector y jefe supremo de la Iglesia», *cujus Majestati animarum cura committitur*. Después de algunas discusiones en las dos Cámaras de la convocatoria eclesiástica, el clero se sometió á aquel ultimátum. La palabra fué concedida en seguida al Parlamento, siempre hostil á las libertades eclesiásticas. La Cámara de los Comunes presentó en 1532 su famosa *Súplica contra los Ordinarios* especie de acta de acusación formulada contra los abusos del clero,

sobre todo en materia judicial y beneficaria. El rey, por su parte, no dejó el ataque. Así como el año antes había desenterrado los añejos estatutos del *Præmunire*, se enteró de pronto de que el juramento de fidelidad de los obispos á la corona quedaba anulado por el de obediencia canónica al papa que pronunciaban el día de su consagración. Mientras exigía la desaparición de este abuso, Enrique VIII requirió á la convocatoria de 1532 para que reconociera que ninguna disposición eclesiástica podría regir en adelante sin la autorización real, y que todas las constituciones anteriormente promulgadas debían revisarse á juicio del monarca, si eran contrarias á sus

prerrogativas ó al bienestar de los súbditos. El clero se doblegó también aquella vez, y para halagar á Enrique VIII. llevó la complacencia hasta el punto de reclamar la abolición de las annatas ó *primicias* de todo oficio eclesiástico, que se pagaban hasta entonces á la corte de Roma. Efectivamente, fueron abolidas por acto del Parlamento. Así se cortaron las primeras cuerdas que enlazaban á Inglaterra con la barca de Pedro. El mismo día en que se completó así la sumisión del clero, sir Tomás Moro dimitió sus funciones

de canciller. Desencantado, renunció con dignidad cuando vió inminente una revolución que desaprobaba. Á los tres meses murió el virtuoso arzobispo de Cantorbery, Guillermo Warham, cuyo último acto fué fulminar un anatema contra los estatutos de 1532, que preparaban con harta claridad una revolución. Iban desapareciendo del escenario del mundo los actores que habían representado papeles al advenimiento de Enrique VIII, en la aurora del renacimiento religioso. Personajes bien diferentes apare-

cieron y prepararon las catástrofes. Á principios del año 1533, Tomás Cranmer, uno de los teólogos de Cambridge, fué nombrado arzobispo y primado de Inglaterra; inmediatamente mandó anular el casamiento de Catalina y Enrique por su tribunal eclesiástico. Á las tres semanas fué proclamada reina Ana Bolena. El 12 de Abril, Tomás Cromwell, miembro ya del Consejo privado pero cuya influencia había estado oculta hasta entonces, fué nombrado canciller del *Echiquier* y secretario del rey. «Aquello fué—dice lord Campbell—algo así como la elevación de un esclavo al visirato en un Estado oriental.»

El triunvirato, compuesto de Enrique VIII,



Tomás Wolsey